

Felipe Rojas, *The Pasts of Roman Anatolia. Interpreters, Traces, Horizons*, Cambridge, Cambridge University Press, 2019, 252 pp. [ISBN: 978-1-108-48488-6].

Todas las sociedades humanas tienen alguna noción sobre su origen y su pasado. Esta puede ser más o menos elaborada y orientar de manera más o menos estrecha la acción política en el presente. Pero su existencia es incontrovertida. En la investigación sobre las sociedades antiguas esta memoria ha sido estudiada sobre todo a partir de las fuentes escritas y se ha centrado en discernir cómo veían su propio pasado los grandes actores políticos que han dejado una mayor documentación literaria, es decir, griegos, romanos, egipcios y pueblos mesopotámicos. El libro de Felipe Rojas, profesor de la Universidad de Brown (Providence, Rhode Island), es una demostración de que esta perspectiva es un tanto estrecha y de que el uso de la arqueología puede contribuir a explorar las visiones sobre el pasado que existieron en territorios conquistados y sometidos políticamente, como fue el caso de la Anatolia romana. El autor ya ha publicado desde 2013 diferentes artículos en revistas científicas en los que aborda aspectos concretos o parciales de este tema. La presente obra completa el trabajo anterior y presenta un panorama general de la memoria en Asia Menor en época romana que puede servir de ejemplo y orientación a futuras investigaciones.

Sin duda, una de las aportaciones más originales del libro es su propia organización. Una visión histórica estándar ordenaría la información a partir de los ejes del espacio y el tiempo, este último en la medida en que la datación de la documentación lo permitiera. En esta ocasión, sin embargo, al autor le interesa menos la memoria del pasado por sí misma, y su evolución o disparidad geográfica, que destacar tres elementos para él claves en el proceso de formación de una memoria: quién se interesa por el pasado (*interpreters*), qué objetos o lugares son entendidos como manifestaciones actuales de ese pasado (*traces*) y dentro de qué narrativas dichos objetos y lugares son interpretados (*horizons*). El resultado puede desconcertar si el lector busca una historia de la memoria de Anatolia, porque es difícil hacerse una idea de algo así a través de la variedad de ejemplos que son analizados en el libro. Pero, a cambio, el análisis de los “intérpretes”, los “vestigios” y los “horizontes” de comprensión permite poner en evidencia algunas cuestiones que en un estudio más tradicional sobre la memoria posiblemente pasarían desapercibidas.

Este enfoque, además, tiene como objetivo contribuir al debate arqueológico contemporáneo. Aunque es evidente que Felipe Rojas aborda siempre la investigación desde una perspectiva interdisciplinar, es sobre todo la arqueología la que guía sus preguntas, de ahí que dirija su mirada a: quién se interesa por el pasado, qué restos se tienen en consideración y dentro de qué narrativas se insertan. Son, todas estas, cuestiones sobre las que la arqueología moderna reflexiona para superar la visión occidental decimonónica que hemos heredado, en la que los protagonistas exclusivos

son los académicos, el objeto de estudio son, en gran medida, piezas de museo y el ordenamiento temporal que guía nuestra interpretación es la división en períodos históricos artificiales. Un vistazo a la memoria antigua en Anatolia como el que nos permite el libro conculca esta visión y a la vez reivindica a otros protagonistas, otros restos y otras líneas de interpretación. Desde el punto de vista de los estudios de la Antigüedad, si a algo contribuye esta aproximación, es a saber valorar y comprender mejor la memoria antigua, que en multitud de aspectos se aparta de nuestra forma de ver el pasado, pero que para las poblaciones antiguas supuso un marco básico de comprensión de su propia existencia. El descuido e insistencia con el que ignoramos el funcionamiento de la memoria antigua, a la par que proyectamos nuestro propio marco de interpretación, nos lleva constantemente a entender mal cómo se percibían los antiguos con respecto a su pasado.

Para abordar la cuestión de los “intérpretes”, Felipe Rojas utiliza el concepto de “arqueófilos” (pp. 6-8). Dadas sus connotaciones históricas concretas, no considera útiles los términos “anticuario” o “arqueólogo”. El primero porque, siguiendo la apreciación de Armando Momigliano, desde su aparición en la Europa moderna tendía a subordinar los textos a los objetivos; el segundo porque corresponde a una realidad contemporánea muy alejada de la visión antigua. El capítulo dedicado a los arqueófilos de la Anatolia romana (cap. 2, pp. 18-60) deja claro que no componían un grupo homogéneo. Pueden considerarse tales, personajes que formaban parte de la aristocracia y que en ocasiones dejaron textos escritos, como Plinio el Joven o Pausanias, o también miembros de la administración imperial romana que dedicaban tiempo a visitar lugares antiguos durante el desempeño de cargos fuera de la ciudad de Roma, como el cónsul Gayo Licinio Muciano en época de los emperadores Claudio y Nerón. Estos personajes, con una clara actitud crítica y competitiva y una visión pan-mediterránea, son los conservadores de la memoria antigua que más han tenido en cuenta los historiadores modernos. Sin embargo, las propias fuentes clásicas, de forma velada, permiten constatar la existencia de otros arqueófilos, en su mayoría anónimos, gracias a los cuales Plinio y Pausanias pudieron escribir sus textos. Se trata de los sacerdotes y guardas de templos, guías locales o campesinos que conocían los lugares y monumentos antiguos y que interactuaban con todo aquel que quisiera visitarlos. Su perspectiva era posiblemente más local y menos literaria, pero, en última instancia, fueron los primeros responsables de mantener viva la conexión con los vestigios del pasado. Esta conexión se podía manifestar también a través de la reutilización colectiva de objetos antiguos, como el monumento de época romana imperial compuesto por las estatuas de dos leones y un águila arcaicas de los siglos VI o V a.C. que se erigió en Sardes cerca del templo de Artemisa. Resulta difícil saber qué intención concreta tenía la persona o el colectivo de la Sardes romana que decidió reunir esculturas antiguas junto con una inscripción bilingüe en lidio y griego (ya incomprendible para ellos) con la idea de exhibirlas de forma conjunta. No obstante, este ejemplo, como los demás analizados en el capítulo, demuestra que la apreciación y el vínculo con el pasado se manifiestan en muchas ocasiones de forma anónima y a través exclusivamente de la cultura material, por lo que este tipo de fenómenos de reapropiación debería recibir una mayor atención por los especialistas.

Los que eran considerados vestigios del pasado en la Anatolia romana también desafían nuestra visión moderna (cap. 3, pp. 61-103). Como demuestra el autor, se trata normalmente de ítems que se interpretan en conjuntos, no de forma aislada, e

incluyen objetos elaborados por el ser humano junto con elementos de la naturaleza con mayor o menor intervención antrópica. De especial interés para el caso de Asia Menor, como herencia muy posiblemente del mundo hitita, es la relevancia de las montañas como huellas del pasado. Así, el monte Tmolo en Lidia estaba asociado a un antiguo rey homónimo cuya tumba se encontraba en dicho lugar. La asociación de personajes con montañas proviene de la antigua idea hitita de que estos elementos naturales estaban vivos como seres humanos. Pero, en general, en el mundo antiguo la naturaleza se consideraba animada. Ríos, bosques, lagos o montañas eran seres activos, por ello no es sorprendente que formen parte de la memoria de un pueblo teniendo en cuenta, además, su capacidad de permanencia en el tiempo. Solo una visión moderna, centrada en los restos creados por el ser humano, encuentra dificultad en comprender esta estrecha relación entre memoria y naturaleza.

El tercero de los elementos de la memoria antigua de Anatolia, los horizontes de interpretación, es analizado en el capítulo 4 (pp. 104-143). Aquí se alcanzan dos conclusiones después del detenido análisis de numerosos ejemplos: una misma población o ciudad puede sostener distintos horizontes de memoria sin que entren en colisión o contradicción y, por otro lado, frente a lo que se ha sostenido en ocasiones, ni griegos ni romanos hicieron tabla rasa de las memorias anteriores. La primera afirmación se alcanza con el estudio combinado de distintos soportes de la memoria que pudieron utilizarse en ciudades como Afrodiasias. En esta localidad caria, junto a las inscripciones que recordaban a los “fundadores” y el intercambio epistolar con los emperadores romanos, se exhibían en la basílica relieves de personajes míticos como Belefonte o reyes semimíticos como Semíramis, Nino o Gordias, cuyos nombres estaban vinculados a elementos de la topografía urbana. La ciudad concebía así distintos niveles temporales de la memoria. En el segundo caso, es nuevamente la ampliación del objeto de estudio lo que permite ver continuidades frente a la idea de ruptura. Las fuentes escritas griegas y romanas no recogen una memoria previa hitita, hurrita o de cualquier otro pueblo anatolio, pero la arqueología, en conjunción con otras disciplinas como la numismática o la iconografía, sí detecta esas continuidades. En este caso abundan de nuevo los ejemplos que el autor puede presentar. Sin embargo, de todas las conclusiones a las que se llega en el libro, posiblemente esta es la más compleja y escurridiza. En el caso de Anatolia, detrás de los lugares vinculados con Tifón se puede suponer muy probablemente el precedente del mito hitita de Illuyanka, como se documenta en la cueva de la ciudad de Córico en Cilicia; del mismo modo, el mito hurrita de Ullikummi pudo evolucionar en la historia de Agdistis, nacido del contacto del semen de Zeus con una roca en Frigia. Esto ofrece poca duda posiblemente. Otra cuestión es cómo se interpreta esta continuidad desde el punto de vista de la memoria. Que la esencia de las historias y de los lugares permanezca sin duda atestigüa, como quiere el autor, que los habitantes de la Anatolia romana (cabría preguntarse aquí si se puede discernir qué tipo de población exactamente en cada caso: indígena, griega o romana) mantuvieron el significado de los lugares que habitaban o de determinados elementos naturales, aunque su localización cambiara parcialmente. La red denominación de los mitos vinculados a esos lugares desde la Edad de Bronce al cristianismo, sin embargo, supone en realidad el ocultamiento de la memoria anterior al no reconocer la antigüedad de esa memoria más allá del horizonte grecorromano o cristiano. De este modo, la lucha del apóstol Felipe con el dragón / serpiente en las inmediaciones del río Hermo en Lidia en última instancia oculta y envía al olvido la misma gesta

realizada por Apolo y el anterior enfrentamiento del monstruo Illuyanka con el dios de la tormenta hitita Tarhunna. Así, hititas y griegos quedan borrados de la memoria cristiana. La redenominación es, en parte, una forma de olvido.

El capítulo 5 del libro (pp. 144-179) está dedicado a presentar una selección de casos de todo el Mediterráneo antiguo que sirven como elemento de comparación, desde la tumba de Arquímedes “redescubierta” por Cicerón en Siracusa y los visitados colosos de Memnón en la Tebas egipcia hasta la reutilización de cerámica griega de época ibérica (siglos V-IV a.C.) en tumbas de época romana en la península Ibérica. La finalidad de este último apartado es reforzar la idea de que la arqueofilia estaba más extendida de lo que los historiadores, anclados en el estudio de las fuentes literarias, suelen admitir.

Cierto, el libro cumple sobradamente este objetivo, demostrar que sin una visión interdisciplinar que incluya la arqueología difícilmente se puede abordar un estudio de la memoria antigua. A la vez, deja muchas vías abiertas a la investigación cuando reconoce que más allá de la constatación de la arqueofilia antigua es necesario profundizar en las diferencias regionales y cronológicas (pp. 184-185). Se podría sumar también la necesidad de explorar el olvido en la medida en que la arqueofilia, es decir, el imperativo de recordar, es una decisión humana, no una imposición necesaria. Cabe destacar igualmente que Felipe Rojas consigue poner al descubierto magistralmente las trampas de la visión moderna y anacrónica sobre la memoria antigua y nos alerta así de la estrechez de miras con la que evaluamos la documentación: desde la artificial división entre huellas humanas y naturales a la reducción de la experimentación a través exclusivamente de la vista. Este último tema, que de forma transversal reaparece en varios capítulos, muestra con claridad que los arqueófilos del pasado tuvieron una experimentación multisensorial de los vestigios antiguos, lo que incluía el olfato, el tacto o el oído. En definitiva, el libro supone una contribución cualitativamente muy destacada sobre los estudios de memoria más allá del caso de la Anatolia romana y contribuye notablemente al debate sobre cómo se recordaba el pasado en el Mediterráneo antiguo.

Ana Mayorgas Rodríguez  
Universidad Complutense de Madrid  
anamayorgas@ucm.es